

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de la Voz del Tajo. Nº 23. 10 de Noviembre de 1984.

SUMARIO

- Mes de ánimas, por Federico Mulas (pag. I)
Marcial Lafuente Estefanía, por María Antonia Ricas (pag. II)
En la abacería, por Sara Papiri (pag. II)
Cuando Toledo en llamas..., por Jesús Pino (pag. III)
Desazón, por Amador Palacios (pag. IV)

Bodas de don Noviembre y doña Muerte

Hoy la Barbuda pónese una pizca desagradable; mira que hablar de la muerte casi mediado el mes... Ella no es postmoderna para nada; le encantan los guiños románticos, las arenas movedizas entre este barrio y el que viene; hay que dejarla, dejarla para que no juegue ninguna malsísima pasada con su adorable ambigüedad; ha cogido hoy la perra de llenar sus cuatro páginas de la enigmática referencia a esa señora tópica, quizás su prima hermana; menos mal que lo suyo es una

variedad melancólica. Rescata, a continuación, un antiguo artículo del finado castellano-manchego Federico Muelas (1910-noviembre, 1974), una evocación familiar de María Antonia Ricas, un retrato cotidiano como la vida-muerte misma, de Sara Papiri, a Jesús Pino le hace buscar entre cenizas un amor y, por último, transcribe una alarma angustiada de una sorpresiva narración de Amador Palacios.

Mes de ánimas

A la ciudad, como alzada sobre sí misma, casi de puntillas, la ciñen amorosamente dos ríos escoltados de finos chopos que yerguen en las orillas su línea gentil. Y cuando llega noviembre, los chopos aparecen un día bruscamente convertidos en una melancólica hilera de luces amarillas. Un amarillo intenso, casi luminoso; tanto que prolonga en las últimas horas de la tarde su brillo como si el crepúsculo hubiese detenido en ellos sus posteriores luces.

Noviembre es en estas viejas ciudades castellanas el mes que parece llegado exclusivamente para ellas, tejido con brumas y recuerdos para telón de fondo de sus audaces perfiles y de sus barrios solitarios. ¡Qué solitarias las calles de la ciudad! ¡Huyeron sus habitantes dejándola en definitivo olvido? ¿Quién tañe esas campanas cuyos tristes sonos se embozan en la bruma? ¿Quién dejó olvidada en la esquina de la calleja esa luz urbana, aún más desamparada bajo la luz

mortecina del día?

Esta soledad se agranda y enseorea en la vieja catedral. La luz del día se arrodilla, tímida, donde la dejaron las vidrieras. Y hay una dramática respuesta en la soledad vigilante en las luces de cirio encendidas en el brillo de las pupilas de las imágenes, repetidas en los pequeños espejos engarzados en el delirio ornamental de los altares barrocos donde el temblor mínimo de las llamas se prolonga como un eco sin voz.

En noviembre, pasado el Día de los Santos, hasta los cementerios están más solos. La ciudad tiene varios de ellos clausurados desde muchos lustros atrás y como ateridos en el conjunto urbano. En sus patios crece la hierba borrando lápidas y cruces... Y hay también el dramatismo de unas iglesias arruinadas donde queda, allá en lo hondo de una capilla, la lápida, que señala el lugar de enterramiento de quien en vida fue poderoso señor.



Foto de Ramón Vilalta

Vienen a la memoria versos inevitables: Jorge Manrique con sus estrofas cortadas donde nos advierte la fugacidad de la vida, el paso de nuestras horas en el fiel paralelismo con el de las aguas de los ríos:

"Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir..."

A la mar del morir se fueron los señorios dejando solo memorias de su tránsito en los escudos de las casonas que las manos de la lluvia van borrando. De las arrogantes divisas que antes campearan, sólo quedan palabras de su bello trazado. Pero y de los otros, ¿qué queda?

Fuera de los muros de la ciudad y tan cerca de ellos que la dramática advertencia se mantiene viva en los que aún alientan, hay un cementerio colgado al borde mismo de las rocas y que recuerda los pintorescos cementerios marinos*. El verso del poeta romántico — "Dios mío qué solos se quedan los muertos" —, tiene en este bello lugar su monumento. A un lado duermen su sueño eterno los

(Pasa a la página siguiente)